

PERSUASIÓN

Jane Austen

Libros de
seda

VOLUMEN I

❧ CAPÍTULO I ❧

Sir Walter Elliot, de Kellynch Hall, en el condado de Somerset, era un hombre que jamás leía libros por diversión, a excepción del *Baronetage*;¹ en él, encontraba ocupación para las horas libres y consuelo para las angustiosas; en él, sus facultades se despertaban a la admiración y al respeto al contemplar lo poco que quedaba de los títulos más antiguos; en él, cualquier sensación desagradable, nacida de los problemas domésticos, se transformaba en lástima y desdén a medida que pasaba las hojas de las casi interminables concesiones del último siglo; y en él, si el resto de la páginas no bastaba, podía leer su propia historia con un interés que nunca flaqueaba. Esta era la página por la que siempre se abría su volumen favorito:

ELLIOT DE KELLYNCH HALL

Walter Elliot, nacido el uno de marzo de 1760, contrajo matrimonio el quince de julio de 1784 con Elizabeth, hija de James Stevenson, señor de South Park, en el condado de Gloucester, una señora (fallecida en 1800) que le dio como descendencia a Elizabeth, nacida el uno de junio de

1 N. de los Trad.: Libro escrito por William Dugdale que documenta la historia y los linajes de la nobleza inglesa desde la conquista normanda hasta la época de los Estuardo. Registra los orígenes, matrimonios, títulos y descendencia de las familias nobles.

1785; a Anne, nacida el nueve de agosto de 1787; a un hijo mortinato el cinco de noviembre de 1789; y a Mary, nacida el veinte de noviembre de 1791.

Exactamente así era como había quedado originalmente el párrafo al salir de la imprenta; pero sir Walter, con el fin de informar a su familia y a sí mismo, lo mejoró añadiendo las siguientes palabras, tras la fecha de nacimiento de su hija Mary: «Unida en matrimonio el dieciséis de diciembre de 1810 a Charles, hijo y heredero de Charles Musgrove, señor de Uppercross, en el condado de Somerset», e indicando con la máxima precisión el día del mes en que había perdido a su esposa.

A continuación se encontraba la historia y el ascenso de la antigua y respetable familia, en los términos usuales: cómo se instalaron inicialmente en Cheshire; la mención que se hace en el libro de Dugdale, incluyendo el cargo de *sheriff* del condado, la representación de un municipio en tres parlamentos consecutivos, las muestras de lealtad y la dignidad de baronet, el primer año de reinado de Carlos II, con todas las Mary y Elizabeth con las que se habían casado. En total, la historia ocupaba dos hermosas páginas en dozavo y terminaba con las armas y la divisa: «Residencia principal, Kellynch Hall, en el condado de Somerset» y, una vez más, sir Walter había añadido al final, de su puño y letra: «Presunto heredero, William Walter Elliot, señor, bisnieto del segundo sir Walter».

La vanidad era el principio y el fin de la personalidad de sir Walter Elliot, vanidad de su persona y de su posición. Había sido extraordinariamente guapo en su juventud y a los cincuenta y cuatro años, todavía era un hombre atractivo. Pocas mujeres debían de tener su apariencia en más alta estima que él, y ni el ayuda de cámara de un nuevo noble podía estar más orgulloso

de la posición que ocupaba en la sociedad. Consideraba que el don de la belleza solo era inferior al que confería el título de baronet, y sir Walter Elliot, al tener los dos, era objeto constante de su máximo respeto y devoción.

Su apariencia física y su rango bien podían justificar su complacencia, ya que a ellos les debía una esposa de carácter muy superior a los méritos de sir Walter. Lady Elliot fue una mujer excelente, sensata y bondadosa, cuyo juicio y comportamiento, si se les podía perdonar el enamoramiento juvenil que la convirtió en lady Elliot, nunca habían requerido indulgencia posteriormente. Ella había tolerado, suavizado u ocultado los defectos de su marido, y promovido su verdadera respetabilidad durante diecisiete años; y, aunque no había sido la persona más feliz del mundo, le bastó con sus obligaciones, sus parientes y amistades y sus hijas para amar la vida y no abandonarla con indiferencia cuando le llegó la hora. Tres chicas, las dos mayores de dieciséis y catorce años, eran un legado terrible que ninguna madre habría querido dejar; una carga terrible, más bien, que confiar a la autoridad de un padre presumido y tonto. Sin embargo, tenía una amiga íntima, una mujer sensata y digna que, debido al profundo afecto que sentía por lady Elliot, se había mudado cerca de ella, en el pueblo de Kellynch; y lady Elliot confiaba por encima de todo en que su amabilidad y sus consejos ayudarían a sus hijas a mantener los buenos principios y la educación que ella les había estado inculcando con tanto esmero.

Dicha amiga y sir Walter no se casaron, a pesar de las expectativas de sus conocidos. Habían pasado trece años desde la muerte de lady Elliot, y todavía eran vecinos y amigos cercanos; pero él seguía viudo y ella, viuda.

Que lady Russell, de edad y carácter estables y bien acomodada, no pensara en un segundo matrimonio no necesita disculpa

alguna ante el público, que en su insensatez tiende a mostrarse más descontento cuando una mujer se vuelve a casar que cuando no; pero la perseverancia en la soltería de sir Walter sí requiere una explicación. Que se sepa, pues, que sir Walter, como buen padre (habiéndose llevado una o dos desilusiones en lo personal por culpa de propuestas muy poco sensatas), se enorgullecía de permanecer soltero por el bien de sus queridas hijas. Por una de ellas, la mayor, sin duda habría sacrificado cualquier cosa, algo que no se sentía muy inclinado a hacer. Elizabeth había heredado en la medida de lo posible, a sus dieciséis años, los derechos y la importancia de su madre; por su atractivo y semejanza a él, su influencia siempre había sido grande y los dos habían convivido felizmente. Sus otras dos hijas eran de un valor muy inferior. Mary había adquirido cierta importancia artificial al convertirse en la mujer de Charles Musgrove; pero Anne, de mente distinguida y carácter dulce, cualidades que le habrían granjeado el favor de las personas verdaderamente juiciosas, no era nadie ni para su padre ni para su hermana; sus palabras no tenían ningún peso, sus intereses siempre pasaban a un segundo plano; era, simplemente, Anne.

Sin embargo, para lady Russell, ella era su preciada y queridísima ahijada, favorita y amiga. Lady Russell las quería a todas, pero era en Anne en quien veía el vivo retrato de su madre.

Unos años atrás, Anne Elliot había sido una joven muy bella, pero su brillo se apagó pronto; aun en su máximo esplendor, su padre había encontrado muy poco que admirar en ella (sus facciones delicadas y sus ojos oscuros y sosegados eran muy diferentes a los suyos); pero ahora, marchita y delgada, ya no podía encontrar nada en ella que aumentase su estima. Nunca tuvo demasiadas esperanzas, y ahora ya no tenía ninguna, de leer su nombre alguna vez en alguna otra página de su obra favorita.

Toda esperanza de una alianza entre iguales dependía de Elizabeth, ya que Mary simplemente había emparentado con una vieja familia rural, respetable y con una gran fortuna, y, por tanto, había conferido, no recibido, honor; Elizabeth, tarde o temprano, se casaría como es debido.

A veces, ocurre que una mujer es más bella a los veintinueve que diez años atrás; y, por norma general, si la ha respetado la salud y no la han asediado las preocupaciones, es ese un momento de la vida en el que los encantos permanecen casi intactos. Este era el caso de Elizabeth, que seguía siendo la misma hermosa señorita Elliot de trece años antes, por lo cual se le podía perdonar a sir Walter que olvidara su edad o, al menos, se le podía considerar solo medio estúpido por creer que él y Elizabeth se mantenían tan lozanos como siempre, en medio de los estragos causados por el paso del tiempo en todos los demás; pues veía claramente cómo envejecían el resto de su familia y sus conocidos. Anne estaba demacrada, Mary, desmejorada, los rostros del vecindario en decadencia y las patas de gallo de lady Russell, que no paraban de aumentar, le causaban aflicción desde hacía tiempo.

La vanidad de Elizabeth no llegaba a la altura de la de su padre. Desde hacía trece años era la señora de Kellynch Hall, y presidía y dirigía con una compostura y una firmeza que no podían dar la impresión de que fuera más joven de lo que realmente era. Desde hacía trece años era la encargada de hacer los honores, de establecer las normas de la casa, de encabezar la comitiva hacia el carruaje de cuatro caballos y de salir inmediatamente después de lady Russell de todos los salones y comedores del país. Trece inviernos de heladas recurrentes la habían visto abrir todos los bailes de postín que podía ofrecer aquel vecindario yermo, y trece primaveras habían florecido mientras

ella viajaba a Londres con su padre para disfrutar unas semanas al año del gran mundo. Ella conservaba estos recuerdos, y la conciencia de tener veintinueve años le despertaba cierta pesadumbre y preocupación. Estaba convencida de seguir siendo tan atractiva como siempre, pero ya notaba la llegada de los años peligrosos, y le habría gustado tener garantías de que un baronet de sangre la cortejaría en el transcurso de uno o dos años. Entonces puede que retomara el libro de los libros con tanto placer como en su juventud, pero ahora no era así. Aparecer siempre con la fecha de nacimiento sin que a continuación figurase ningún matrimonio más que el de una hermana pequeña convertía el libro en algo malo; y más de una vez, cuando su padre lo dejaba abierto sobre la mesa, cerca de ella, lo cerraba, desviando la mirada, y lo alejaba.

Había tenido, además, un desengaño por culpa de ese libro y de la historia de su propia familia que no podía olvidar. El presunto heredero, el mismísimo William Elliot, cuyos derechos su padre había respaldado tan generosamente, la había decepcionado.

Desde niña, desde que supo que, en el caso de no tener ningún hermano, él sería el futuro baronet, tuvo la intención de casarse con él, una idea que su padre siempre había respaldado. De niño no lo conocieron, pero poco después de que falleciera lady Elliot, sir Walter había mostrado interés en conocerle y, aunque sus propuestas no fueron bien recibidas, siguió insistiendo y atribuyendo la negativa del pariente a lo que él pensaba que era la indecisión propia de la juventud; y así, en uno de sus viajes primaverales a Londres, cuando Elizabeth estaba en la flor de la vida, el señor Elliot se vio obligado a aceptar la presentación.

En aquel entonces era muy joven y apenas empezaba a estudiar Derecho; a Elizabeth le pareció sumamente afable y queda-

ron ratificados todos los planes a su favor. Le invitaron a Kellynch Hall; su nombre estaba en boca de todos y esperaron su llegada un año entero, pero no hizo acto de presencia. La siguiente primavera lo vieron de nuevo en la ciudad; lo hallaron igual de afable, una vez más lo animaron, invitaron y esperaron, y una vez más no acudió; y lo siguiente que se supo de él fue que se había casado. En lugar de dejar que su fortuna siguiera la línea marcada para el heredero de la casa de Elliot, había comprado su independencia uniéndose a una mujer rica de cuna inferior.

Sir Walter no se lo tomó bien. Como cabeza de familia que era, sintió que se le debía haber consultado, sobre todo tras haber respaldado públicamente al joven. «Porque se nos ha debido de ver juntos», observó. «Una vez en Tattersal y otras dos en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes.» Manifestó su desaprobación, aunque, al parecer, casi nadie la tuvo en cuenta. El señor Elliot jamás intentó disculparse, y se mostró tan poco preocupado de que la familia no volviera a dirigirle sus atenciones como indigno lo consideraba sir Walter de ellas, así que se cortó todo vínculo entre ellos.

Aun después de que hubieran pasado los años, este incómodo episodio del señor Elliot seguía enfureciendo a Elizabeth, a quien el joven le había gustado por sí mismo, pero más aún por ser el heredero de su padre, y cuyo firme orgullo de familia la llevaba a considerar que el único matrimonio apropiado para la hija primogénita de sir Walter Elliot era un matrimonio con él. No había baronet de la A la Z a quien hubiesen reconocido de tan buen grado como su igual. No obstante, la conducta del joven había sido tan deplorable que, aunque en aquel entonces (el verano de 1814) llevase luto por la muerte de su esposa, seguía sin juzgarlo digno de consideración. La ofensa de su primer matrimonio podría haberse pasado por alto, quizá, pues no

había habido descendencia, si no hubiera hecho algo aún peor. Pero, como supieron gracias a la siempre atenta indiscreción de algunos conocidos, había hablado de ellos sin respeto alguno, con el más absoluto desprecio y desdén por la sangre que compartían y los honores que le corresponderían en el futuro. Y eso era algo que no podía perdonarse.

Tales eran los sentimientos y las sensaciones de Elizabeth Elliot; tales eran las preocupaciones que atenuaban, las agitaciones que alteraban la monotonía y la elegancia, la prosperidad y el vacío que constituían el panorama de su vida; tales eran las emociones que hacían interesante una larga y tranquila existencia en un único ambiente provinciano, que llenaban los vacíos que no era capaz de satisfacer ni con hábitos de utilidad fuera del hogar, ni con talentos o habilidades dentro de él.

Pero ahora había surgido otro motivo de inquietud que se añadía a los anteriores. A su padre empezaba a angustiarle la escasez de dinero. Ella sabía que ahora, cuando tomaba el *Baronetage*, era para quitarse de la cabeza las cuantiosas facturas de sus proveedores y las inoportunas insinuaciones de su encargado, el señor Shepherd. Kellynch era una buena propiedad, pero no lo suficiente para mantener el nivel de vida que sir Walter creía que debía llevar su propietario. Mientras vivía lady Elliot, había método, moderación y prudencia, de modo que no se gastaba más de lo que se ingresaba; pero con ella murió todo atisbo de sensatez y desde entonces, no hacía más que excederse. A sir Walter Elliot le era imposible gastar menos; no hacía sino lo que creía digno de su rango; sin embargo, por intachable que fuera su conducta, no solo habían crecido las deudas de manera alarmante, sino que se mencionaban ya con tanta frecuencia que resultaba inútil seguir ocultándoselas, aunque fuera solo en parte, a su hija. Le había dado algunas pistas la primavera pasada en

la ciudad; había llegado hasta el extremo de decir: «¿Podemos reducir gastos? ¿Se te ocurre algo que podamos recortar?». Y Elizabeth, para ser justos con ella, en el primer ardor de inquietud femenina, se puso a pensar seriamente qué podía hacerse y acabó por proponer estas dos formas de ahorro: recortar en donativos innecesarios y abstenerse de amueblar el salón; y a estos métodos añadió la feliz ocurrencia de no llevarle un regalo a Anne, como solía ser costumbre una vez al año. Pero estas medidas, por buenas que fueran, eran insuficientes para paliar el verdadero alcance del mal, que sir Walter tuvo que confesarle poco después. Elizabeth carecía de propuestas más eficaces. Se sentía desgraciada y desafortunada, al igual que su padre; y ninguno de los dos era capaz de idear un plan para reducir gastos sin comprometer su dignidad ni renunciar a sus comodidades de manera insoportable.

Solo había una pequeña parte de la propiedad de la que sir Walter podía deshacerse; pero, aunque hubiera sido alienable hasta el último acre, no habría cambiado nada. Había accedido a suscribir hipotecas hasta donde había podido, pero nunca se bajaría a vender. No, nunca deshonraría su buen nombre hasta ese punto. Kellynch debía transmitirse íntegramente, tal y como él la había recibido.

Acudieron a sus dos amigos de confianza, el señor Shepherd, que vivía en el pueblo más cercano, y lady Russell, para que los aconsejaran; y padre e hija parecían esperar que uno u otro hiciera algo para poner fin a sus dificultades y reducir sus gastos sin que ello implicara renunciar a ninguna muestra de gusto ni orgullo.

❧ CAPÍTULO II ❧

El señor Shepherd, un abogado cortés y prudente, quien, fuera cual fuese su percepción u opinión sobre sir Walter, prefería que de lo desagradable se ocupasen otros, se abstuvo de ofrecer consejo alguno y se permitió recomendar que recurrieran al excelente criterio de lady Russell, de cuyo conocido buen juicio esperaba que recomendase precisamente las medidas drásticas que él pretendía que se adoptaran finalmente.

Lady Russell se mostró muy preocupada por el asunto y le dedicó gran consideración. Era una mujer de buen juicio, más que de pensamiento ágil, por lo que sus dificultades para tomar una decisión en este caso concreto eran considerables, dado que entraban en conflicto dos principios básicos. Tenía una estricta integridad y un delicado sentido del honor; pero estaba tan deseosa de no herir los sentimientos de sir Walter, tan preocupada por mantener a salvo el prestigio de la familia, sus ideas respecto de lo que les correspondía eran tan aristocráticas como las de cualquier persona que tuviera un mínimo de juicio y sinceridad. Era una mujer bondadosa, caritativa, benevolente y capaz de formar vínculos muy estrechos; era estricta respecto al decoro, tenía una conducta más que correcta y los modales propios de una educación exquisita. Estaba dotada de una mente cultivada y era, en rasgos generales, racional y coherente; pero sentía cierta debilidad por el linaje: valoraba la alcurnia y la consideración

social, lo que la cegaba un poco ante los defectos de aquellos que poseían estas cualidades. Ella misma no pasaba de ser la viuda de un caballero, de modo que mostraba todo el respeto que le merecía la dignidad de baronet; y sir Walter, aparte de ser un viejo conocido, un vecino gentil, un propietario solícito, el marido de su muy querida amiga y el padre de Anne y sus hermanas, tenía, a su juicio, por ser sir Walter, todo el derecho a que le compadecieran y lo tuvieran en consideración, dadas las dificultades actuales.

Debían reducir gastos; no cabía duda. Pero para ella era muy importante que esto se hiciera con el menor daño posible para él y Elizabeth. Ideó planes de ahorro, realizó los cálculos exactos, e hizo lo que nadie más pensó en hacer: consultó a Anne, de quien los demás pensaban que carecía de interés en la cuestión. La consultó y, en cierto modo, su respuesta influyó en el plan de recortes que finalmente se presentó a sir Walter. Todos los cambios de Anne daban prioridad a la honestidad frente a la vanidad. Ella quería medidas más enérgicas, una reforma más completa, una liquidación más rápida de la deuda, una indiferencia mucho mayor hacia todo lo que no fuera justicia y equidad.

—Si podemos persuadir a tu padre de que haga todo esto —dijo lady Russell, echando un vistazo a los papeles—, se puede avanzar mucho. Si adopta estas medidas, en siete años habrá saldado todas las deudas; espero que podamos convencerlos, a él y a Elizabeth, de que Kellynch Hall posee una dignidad que no puede verse afectada por estas reducciones; y de que la verdadera respetabilidad de sir Walter Elliot no menguará, ni mucho menos, a los ojos de las personas sensatas, por actuar como un hombre de principios. En verdad, ¿qué estaría haciendo sino lo que ya han hecho, o deberían haber hecho, muchas de nuestras familias más respetables? Este caso no tendrá nada de sin-

gular; y es la singularidad lo que siempre condiciona nuestra conducta y a menudo constituye la peor parte de nuestro sufrimiento. Tengo esperanzas de que nuestra causa prevalezca. Debemos actuar con seriedad y decisión, pues, al fin y al cabo, una persona que contrae deudas debe pagarlas; y, si bien los sentimientos de un caballero y cabeza de familia como tu padre merecen tenerse muy en cuenta, aun lo merece más su reputación de hombre honesto.

Este era el principio que Anne quería que guiara a su padre, que le instaran a adoptar quienes lo querían bien. Consideraba que era un deber ineludible satisfacer las demandas de los acreedores con toda la prontitud que permitieran los recortes más drásticos, y le parecía indigno hacer menos que eso. Quería que esto fuera una orden y se considerara un deber. Tenía en alta estima la influencia de lady Russell y, con respecto a la severidad de la abnegación que exigía su conciencia, pensaba que no sería mucho más difícil persuadirlos de hacer una reforma completa que una parcial. Conociendo a su padre y a Elizabeth, tendía a pensar que sacrificar dos caballos no sería mucho menos doloroso que sacrificar los cuatro, y así sucesivamente con toda la lista de reducciones de lady Russell, demasiado indulgentes.

Pero poco importa cómo se hubieran tomado las medidas más exigentes de Anne. Las de lady Russell no tuvieron ningún éxito: eran inaceptables, intolerables. ¡¿Cómo?! ¿Y renunciar de repente a todas las comodidades de la vida? A los viajes, a Londres, a los criados, a los caballos, a las comidas...; reducciones y restricciones por todas partes. ¿Y no poder vivir ni con la decencia de un caballero cualquiera? No, prefería abandonar Kellynch Hall de inmediato a permanecer allí bajo unas condiciones tan deshonorosas.

Abandonar Kellynch Hall. El señor Shepherd apoyó la propuesta de inmediato, ya que lo que le interesaba era la realidad de los recortes de sir Walter, y estaba totalmente convencido de que no lograrían nada sin un cambio de residencia. Puesto que la idea había surgido del círculo del que tenían que venir las órdenes, él no tenía inconveniente, dijo, en confesar que estaba completamente a favor. No le parecía que sir Walter pudiera alterar de forma significativa su estilo de vida en una casa en la que se tuvieran que preservar unos hábitos tan marcados de hospitalidad y antigua dignidad. En cualquier otro lugar, sir Walter podría decidir por sí mismo; y, ordenara como ordenase sus asuntos domésticos, sería un ejemplo a seguir a la hora de regular el estilo de vida.

Sir Walter, pues, abandonaría Kellynch Hall; y tras unos días más de duda e indecisión, se resolvió la gran cuestión de adónde mudarse, y se hizo el primer bosquejo de este importante cambio.

Había tres alternativas: Londres, Bath u otra casa en el campo. Lo que Anne deseaba fervientemente era esto último. Una casa más pequeña en la misma comarca, en la que pudieran seguir contando con la compañía de lady Russell, con la cercanía de Mary y con el placer de ver de vez en cuando los jardines y la arboleda de Kellynch era toda su ambición. No obstante, la fatalidad que solía acompañar a Anne se cumplió al brindarle lo contrario de lo que deseaba. No le gustaba Bath y no pensaba que fuera un lugar para ella, pero ese iba a ser su hogar.

Al principio, sir Walter se inclinaba por Londres; pero el señor Shepherd pensaba que Londres era un peligro para él, y se las arregló para disuadirlo y convencerlo de que se decantara por Bath, un lugar mucho más seguro para un caballero en una situación como la suya: allí podría ser importante a un coste

relativamente bajo. Habían pesado bastante dos ventajas sustanciales de Bath sobre Londres: que la distancia desde Kellynch era mucho menor, tan solo cincuenta millas, y que lady Russell pasaba allí parte del invierno; y, para gran satisfacción de lady Russell, cuya opinión sobre el cambio proyectado se inclinaba por Bath desde el principio, sir Walter y Elizabeth se convencieron de que, mudándose allí, no perderían ni importancia ni placeres.

Lady Russell se sintió obligada a oponerse a los ya conocidos deseos de su querida Anne. Sería demasiado esperar que sir Walter se rebajara a habitar una casa pequeña en su propio vecindario. Incluso a Anne le habría costado más de lo que imaginaba soportar las humillaciones que ello implicaba, y para los sentimientos de sir Walter habrían sido espantosas. En cuanto a la aversión que Anne sentía por Bath, lady Russell la consideraba un prejuicio y un error que surgía, primero, de la circunstancia de haber pasado allí tres años en el colegio tras la muerte de su madre; y segundo, de que resultaba que no se había encontrado muy bien el único invierno que había pasado allí después, sin compañía alguna.

Lady Russell, en pocas palabras, era partidaria de Bath y se inclinaba a pensar que todos debían amoldarse a ello; y en cuanto a los peligros para la salud de su joven amiga, se evitarían al pasar los meses cálidos con ella en Kellynch Lodge; de hecho, el cambio sería beneficioso tanto para la salud como para el estado de ánimo. Anne había pasado muy poco tiempo fuera de casa, se la había visto muy poco. Tenía el ánimo más bien regular. Mejoraría en contacto con un círculo más amplio. Deseaba que se diera a conocer.

El carácter poco deseable de cualquier otra casa en el mismo vecindario para sir Walter se veía ciertamente agravado por un

aspecto del plan que, además de ser esencial, por suerte había formado parte de él desde el principio. No solo debía dejar su hogar sino verlo en manos de otros, algo que pondría a prueba su fortaleza hasta un punto que mentes más fuertes que la de sir Walter no habían podido sobrellevar. Iban a alquilar Kellynch Hall. Esto, sin embargo, era un secreto muy bien guardado que no debía cruzar los límites de su círculo más cercano.

Sir Walter no habría soportado la degradación de que se supiera que tenía la intención de alquilar su casa. El señor Shepherd había mencionado una vez la palabra «anunciar», pero nunca se atrevió a mencionarla de nuevo. Sir Walter despreciaba la idea de que se ofreciera de cualquier manera; prohibía la más mínima insinuación de que él tuviera tal intención; y solo en el supuesto de que se lo solicitara espontáneamente algún candidato sumamente intachable, bajo las condiciones que él dictara, y como un gran favor, se avendría a alquilarla.

¡Con qué rapidez llegan las razones cuando se trata de aprobar lo que nos gusta! Lady Russell tenía otra excelente razón para regocijarse de que sir Walter y su familia se fueran del campo. Elizabeth había estado últimamente forjando una amistad que ella deseaba que se interrumpiera. Era con una hija del señor Shepherd, que había regresado, después de un desafortunado matrimonio, a la casa de su padre, con la carga adicional de dos niños. Era una joven inteligente, que dominaba el arte de agradar; el arte de agradar, al menos, en Kellynch Hall; y que se había granjeado el favor de la señorita Elliot hasta tal punto que ya se había quedado allí más de una vez, a pesar de todas las insinuaciones de cautela y reparo que había dejado caer lady Russell, que pensaba que era una amistad inadecuada.

Lady Russell, en verdad, apenas tenía influencia sobre Elizabeth, y parecía quererla no tanto porque lo mereciera como por-

que ella se empeñaba en quererla. Nunca había recibido de ella más que una atención rutinaria, que no iba más allá de las muestras de cortesía; nunca había logrado imponer su punto de vista en ninguna cuestión que le interesara si Elizabeth ya había decidido otra cosa. Había intentado repetidamente, y con gran determinación, que incluyeran a Anne en las visitas a Londres, consciente de la magnitud de la injusticia y del descrédito de aquellos planes egoístas que la excluían, y en muchas ocasiones menores se había esforzado por darle a Elizabeth el beneficio de su mejor juicio y experiencia, pero siempre en vano: Elizabeth seguía su propio camino; y nunca lo había seguido oponiéndose tan firmemente a lady Russell como en esta preferencia por la señora Clay, que la apartaba de la compañía de una hermana tan digna para otorgar su afecto y confianza por alguien que no debería haber sido para ella más que objeto de una cortesía distante.

Por su situación social, la señora Clay era, a juicio de lady Russell, una compañera muy desigual, y por su carácter creía que era muy peligrosa; de modo que una mudanza que permitiera dejar atrás a la señora Clay y poner a la señorita Elliot en contacto con compañías más adecuadas era un objetivo de primordial importancia.